

pusieron sus cabezas en picas, juntamente con la del arzobispo, expuestas á los ojos del pueblo en los torreones del Kremlin hasta que los cuervos las convirtieron en calaveras.

Glebof, cuya culpa consistía en el amor profundo y leal que siempre tuvo á la hermosa Eudoxia, y en haberla tomado por su mujer despues de repudiada por Pedro, fué empalado á medias, sufriendo este cruel tormento á la vista de las cabezas de sus cómplices. Y para prolongar indefinidamente su martirio, mandó el Emperador que lo repitieran los verdugos el mayor número de veces posible, retirándolo y volviéndolo á poner en el instrumento, y haciéndolo andar sobre puntas aceradas, todo con el objeto de que los dolores y angustias le hicieran prorumpir en palabras acusadoras de la ex-Emperatriz, á trueque de hallar lenitivo á sus dolores. Pero más ganoso Glebof de salvar la vida, el honor y la memoria de su amada que de aliviar su propio sufrimiento, calló, y cuando habló, nada dijo que pudiera comprometer á Eudoxia, ni servir á los jueces siquiera de pretexto para condenarla.

Al cabo de tan prolongado suplicio, y cuando expuesto Glebof por última vez en la estaca, en medio de la plaza mayor de Moscow, luchaba con las angustias de la naturaleza, Pedro se le acercó, é invocando la religion del Dios ante quien habia de comparecer en breve, lo requirió en nombre de la verdad para que confesara su crimen y complicidad con Eudoxia; mas el mártir, cuyo heroísmo se sublimaba en la medida del sufrimiento que padecía, volviendo el rostro para mirar á su principal verdugo, le dijo:

—Fuerza es que seas tan necio como infame, para esperar de mí, ahora que tan cerca estoy de verme

libre para siempre de tus crueldades, una sola palabra que pueda manchar la honra de la más digna y virtuosa de las mujeres. Apártate de ahí, monstruo,—añadió escupiéndole al rostro;—apártate, y deja morir en paz á quien no has podido dejar vivir!

Cuando el historiador imparcial consigna hechos de tanta odiosidad cometidos por un sér á quien la especie humana reputa de grande y famoso, siente una manera de conmiseracion y de lástima por ella, y al pensar que los hombres han calificado con los títulos más sonoros y encomiásticos al feroz verdugo que halló placer y delectacion en imponer y presenciar torturas y suplicios tan horribles que ni los mayores culpados podian merecer, comprende que para escribir la historia verdadera y corregir los fallos injustos y equivocados de la que conocemos, y que tanto pervierte la moralidad de los pueblos, será necesario rehacer tambien y corregir la lengua humana, ya que carece hoy de fuerza y vigor bastante á expresar los sentimientos del corazon y los juicios de la conciencia.

XII.

Mas no se sació Pedro todavía. «Cuando el fuego encuentra paja, la quema,—dijo aquellos dias á los que se admiraban de su perseverancia en la perversidad;—cuando encuentra hierro, se apaga;» sin advertir que la sangre tiene atraccion para el fuego.

Interrogada la finlandesa Eufrosina, confesó que su amante se habia quejado várias veces de los rigores de su padre con él, y él mismo compareció temblando ante sus jueces como reo convicto. Eran

éstos individuos del clero, y movidos de temor ó de complacencia, excitaron al Czar por medio de alusiones bíblicas á ser inexorable con su hijo, cerrando su corazón á la piedad. «David quiso —le dijeron— salvar á su hijo Absalon; pero la justicia de Dios lo condenó.»

Entonces comenzó para el Príncipe su martirio, pues un preso cuyo calabozo estaba pared por medio del de Alejo, llegada cierta hora de la noche oía el ruido de los golpes que le daban para obligarlo á firmar declaraciones y súplicas á su padre, y el rumor de sus gemidos. Cuando los jueces se hallaron en posesión de aquellos documentos arrancados á la flaqueza humana por la ferocidad, lo condenaron á muerte (1): que nunca omiten los tiranos el requisito de la sentencia para sancionar sus crímenes.

Merced á los detalles circunstanciados contenidos en documentos fehacientes que tengo á la vista, puedo dar ciertos pormenores relativos á las últimas horas del Czarewitch, y que arrojan mucha luz sobre tan lúgubre suceso. Es el caso, pues, que como al oír Alejo la lectura de su sentencia cayera desvanecido y cual si hubiese muerto de sorpresa y terror, su padre fingió dejarse vencer de la conmiseración, y manifestó á todos que le hacía gracia de la vida; pero cuando hubo dicho esto y cumplido aparentemente con la clemencia que tan bien sienta en los reyes, quiso llegar al término de sus deseos, que no era otro sino la muerte del Príncipe; y volviendo á un cirujano allí presente, muy parcial suyo y que interpretaba sus menores deseos á maravilla, le dijo á media voz:

(1) El día 24 de Junio de 1718.

—Ságralo á seguida copiosamente de piés y manos, porque salga presto de su desmayo.

Ana Crammer, á la sazón confidenta de Pedro y de Catalina, manifestó, andando el tiempo, que no bien hubo espirado el Czarewitch por obra del cirujano, lo decapitaron, y que luego cosió ella misma el cuello, lavó la sangre y puso al muerto una corbata para cubrir las huellas del hacha y que nadie se diese cuenta del suceso viéndolo de cuerpo presente.

Tuvo lugar este crimen horrendo en la ciudadela de San Petersburgo, y Pedro presidió el entierro de su víctima, derramando abundantes lágrimas. Pero ya fuesen fingidas, ya efecto de una singular contradicción de la naturaleza, Constantino en Bizancio y Felipe II en Madrid habían hecho lo propio en casos análogos; que la ferocidad como el fanatismo y la ambición tienen sus misterios también.

XLIII.

No parecía castigar la Providencia los crímenes cometidos por el Emperador deteniendo el progreso de sus armas, pues la Livonia, la Estonia, la Carelia, la Ingria y casi toda la Finlandia habían ido incorporándose sucesivamente á sus Estados, y la Polonia por medio de su Rey le rendía su vasallaje.

El mismo éxito coronaba todos sus esfuerzos políticos y gubernamentales. Había traído de Francia en su segundo viaje un personal completo administrativo, á imitación del de Luis XIV, y así éste como las nuevas instituciones civiles que regían el Imperio prosperaban en la medida de su descao. La ma-

rina crecía y se desarrollaba en Cronstadt; y mientras las heroicas locuras de Cárlos XII lo libraban del único enemigo que pudiera temer en el Báltico, establecía en San Petersburgo manufacturas y promulgaba leyes suntuarias, contradicción que un pueblo primitivo no podía comprender aún; fundaba hospicios y escuelas en Moscow y en las ciudades principales; imponía la obligación á los boyardos ricos y á los príncipes de construirse palacios magníficos en la nueva capital; decretaba la uniformidad de pesos y medidas; creaba tribunales de comercio, y abría un canal para buques de alto bordo que ponía en comunicacion el lago Ladoga con el río Neva. Fortificó el recinto de Cronstadt, extendió el movimiento comercial de Astrakan á Persia y de Tobolsk á China, y reformó los tribunales de justicia tomando por modelo á los de Francia.

La marina creada por él llegó á medirse con la inglesa en el Báltico; dictó la paz al sucesor de Cárlos XII, y con esto Senado, clero, pueblo y ejército lo apellidaron Grande, dictado que merecía por sus hechos, no por sus virtudes; partió para la campaña de Persia con Catalina; recorrió el mar Caspio; llegó hasta el Daghestan con un ejército de sesenta mil hombres; rindió á Dorbens sin ponerle sitio; volvió por tercera vez vencedor á Moscow, y dió á Turquía parte de las provincias que tomó á la Persia.

Sin embargo de esto, no era feliz. Pues enconado su mal carácter con los padecimientos físicos producidos por los desórdenes y excesos de su juventud, no sólo ponía miedo á cuantos condenó naturaleza á la dura obligación de amarlo, sino que se hacía odioso á sí mismo. Y si á esto se agregan ciertos sinsabores domésticos de imposible remedio y para los cuales no hay lenitivo eficaz tratán-

dose de caracteres como el de Pedro y de pasiones como la suya por Catalina, se comprenderá que sus crímenes domésticos iban á recibir ejemplarísimo y terrible castigo en el seno de la familia, y que la mujer aquella tan amada y á la cual elevó desde la servidumbre y la esclavitud al trono del Imperio, sería el instrumento de misteriosa venganza destinado á darle tortura en el corazón y á destruirlo.

Valiéndome de documentos nuevos y fidedignos, que proceden de la servidumbre del Czar, me propongo ahora restablecer la verdad de los hechos acerca de un asunto tan discutido é interesante, y asimismo con el auxilio de las revelaciones á que hago referencia completaré la historia de los últimos años del legislador de Rusia.

XLIV.

Un hermano de aquella misma extranjera de quien hicimos mencion en los primeros párrafos del estudio que nos ocupa, llamada Ana Moëns de la Croix, jóven, hermoso y galan como ninguno, habia llegado á ser por influencia de la ex-favorita de Pedro, á la sazón casada y camarera mayor del Palacio imperial, primer gentil-hombre de la Emperatriz. Las gracias de su persona, sus modales distinguidos y lo ameno de su conversacion, que ofrecían tan visible contraste con las maneras toscas, el desenfreno y la brutalidad de un marido que habia llegado á ser con el tiempo tirano de su familia, movieron á simpatía en un principio el corazón de Catalina, lo enternecieron despues y acabaron por seducirlo de todo en todo y cautivarlo.

«Recuerdo—dice Villebois, testigo de las prime-

ras indiscreciones del naciente afecto de Catalina— que hallándome un día en Palacio, muy á los principios de este empeño, y cuando nadie, ni yo mismo tampoco, sabía la menor cosa del suceso, me bastó ver á Moëns cerca de la Emperatriz para comprender el acuerdo que reinaba entre los dos. Y si añadido que los vi en público, delante de muchas personas, se comprenderá mejor cuánto es el amor imprudente y cuán difíciles son de disimular sus impresiones.»

Treinta y siete años tenía entónces la Emperatriz, y aún se hallaba en la plenitud de su peregrina hermosura. Su hija Ana, digna por su belleza de tal madre, habia casado ya con el duque reinante de Holstein.

Descubierta la intriga por el Czar, tardó poco en sorprender á los amantes en el cuarto de la camarera mayor, siendo tal la cólera y el despecho que sintió con esto el ultrajado marido, que allí mismo la hubiese muerto, á no contenerlo la imagen de sus hijos. Moëns y su hermana fueron en el acto reducidos á prision, y sin más tardanza hubieran pagado el uno su delito y la otra su complicidad en el patíbulo, á no ser porque Ostermann y Tolstoi, ministros y confidentes de Pedro, puestos de rodillas, lograron persuadirlo de que la mancha más leve arrojada sobre la honra de Catalina redundaría en mengua de sus hijas, privándolas tal vez de contraer matrimonio conforme á su rango y calidad. Cedió el Emperador á las justas observaciones de sus amigos cuando se proponia imitar la conducta del rey Enrique VIII con Ana Bolena, y sacrificando su afrenta de marido al interes y al amor de padre, dispuso que se formara causa únicamente á los hermanos Moëns de la Croix por el delito de cohecho

en e. ejercicio de sus cargos. Más preocupado el digno y caballeroso Moëns de la honra de Catalina que de la suya propia, consintió en quedar convieto del imaginario crimen, prefiriendo morir á declarar en daño de su dama. Pedro, á su vez, daba cada día mayores muestras de dolor y desesperacion, y esperaba con ánsias vivas el momento de la venganza.

XIV.

«Me refirió por entónces una señorita francesa de la servidumbre de las princesas Isabel y Ana,—dico Villebois,—que al volver el Czar un día de la fortaleza de Petersburgo, donde se hallaba Moëns prisionero, á Palacio, entró sin hacerse anunciar en la cámara de las princesas, y que hallándolas ocupadas en labores propias de su sexo con otras jóvenes de la misma edad, comenzó á pasear sin decir palabra y como si lo preocuparan siniestros propósitos, siendo su aspecto tan terrible y amenazador que todos los presentes quedaron sobreecogidos y en silencio. Estaba —me dijo la testigo—pálido, desenchajado, trémulo, vacilante, y con la mirada extraviada. De tiempo en tiempo se paraba para considerar á sus hijas, y tanto les impuso la severidad de su semblante que salieron temblando de la estancia y fueron á refugiarse donde ya se hallaban recogidas las damas.

»Entónces viéndose solo el Emperador, puso mano á la daga que traia siempre consigo, y dió con ella grandes golpes en las paredes y en la mesa como si ensayara el brazo para matar, acompañando estos temerosos movimientos de contorsiones tan

horribles, que la jóven de quien tuve noticia de la escena descrita, y que la presencié escondida detras de un biombo, se habria desmayado de terror á prolongarse más. Cerca de media hora duró, sin embargo, este acceso, que bien pudiera calificarse de locura, y al cabo de ella salió de la cámara, cerrando la puerta con tanta violencia que los cristales cayeron al suelo hechos pedazos.»

XLVI.

Otro dia sacó del mueble donde lo guardaba el testamento que debia depositar en los archivos del Senado, y á virtud del cual instituia por su heredera en el trono á Catalina, y despues de hacerlo pedazos, lo pisó.

De allí á poco fué degollado Moëns, y extremando Pedro su venganza, no sólo hizo que la Emperatriz lo acompañara en carruaje para ver el cadáver de su cómplice, sino que, apeándose, se dirigió á la escarpia donde habian clavado su cabeza, y asiendo de ella por los cabellos, la escarneció; exceso tanto más cruel y odioso, cuanto que Catalina lo presenciaba, y que constituia una verdadera profanacion.

Desde aquel momento, dice la crónica palatina, ya nunca más habló á su esposa, sino en público. La infidelidad de la mujer adorada, en cuyo amor cifró la dicha de toda su vida, era el castigo del asesinato de Alejo. El dolor y la pena consumieron su espíritu lentamente, y una enfermedad contraida en época muy anterior á la de los sucesos referidos, pero agravada de un pásmo que contrajo el dia de la bendicion de las aguas, destruyó rápidamente su organismo, pasando de esta vida el 28 de Enero de 1725,

á la edad de cincuenta y dos años. Su hija Ana, imagen inocente de Catalina, recibió su postrer suspiro.

Tuvo Pedro I inteligencia poderosa, voluntad más fuerte y grande aún, y pasiones terribles; fué ingrato y mal hermano, marido cruel, padre desnaturalizado y monarca feroz y sanguinario, y realizó de una manera bárbara pensamientos civilizadores, imponiendo á su pueblo el progreso hacha en mano, y formándolo á semejanza de la imagen que forjó su fantasía. Y como la obra colosal iniciada por él se completó despues en poco tiempo, la Rusia le debe gratitud y respeto, y es para ella la encarnacion de la patria, libre del limo de su origen, y asombro del mundo por la energía, la rapidez y el esplendor de su advenimiento á la política, á la guerra, á la civilizacion, á la fama y á la gloria.

FIN.

